

De mi abuelo

José Zuleta

VIAJE A PIE

Hace un mes no quedaba en Medellín una sola persona aficionada a la literatura que no se hubiera leído este libro extraño y desvergonzado. Se leía desafortunadamente y fatigaba ya el comentario equivocado sobre las delicias de la obra. Algunos amigos del autor conocían y hablaban de artículos muy interesantes que dedicaban al libro grandes escritores franceses. Los indios sedentarios de este estrecho valle, como nos llama Fernando González, recibíamos complacidos la burla descarada de este doctor aficionado a la filosofía, al amor y al buen estilo. Pero no hubo un solo periódico que se atreviera a elogiar la obra ni un literato o crítico capaz de analizarla en público. O era el temor de simples anatemas, o envidias literarias, o desconcierto ante el tono de superioridad intelectual del libro.

Porque esta obra se sale del ambiente y es superior al medio. No viene a exponer un sistema filosófico sino a reírse agradablemente de muchas ideas viejas y a inventar teorías sobre el amor, sobre la conservación de la energía, sobre el origen y el fin del hombre, sobre el miedo, sobre todos los problemas vitales de “este animal que suda, que digiere, que elimina toxinas, que desea la mujer ajena y todo lo ajeno”.

Algunas de esas teorías vienen expuestas con fervor de convicción y otras son ensayos de filosofía humorística. El autor ama y profesa algunas de

las ideas que expone y se burla donosamente de otras. Es a veces materialista y a veces místico. En sus ratos de plenitud vital es un filósofo voluptuoso enamorado de las mujeres, del agua, del sol, de todo lo que llega acariciador a los sentidos; en sus momentos de depresión nerviosa es un filósofo mítico que tiene miedo a la muerte y que busca desesperadamente una idea religiosa para explicar el misterio. Exactamente como cualquier bicho humano! Sólo que este hombre es sincero y no tiene inconveniente en desnudar impudicamente ante los demás su cuerpo y su espíritu. Ese impudor, que escandaliza a lo conciudadanos del doctor González, deja adivinar que el libro no pudo ser escrito para la publicidad, pero que el autor, después de hacerle al papel sus confidencias, las encontró tan espontáneas y escritas con tal gracia y diafanidad de estilo, que no pudo resistir a la tentación de mostrarlas.

O es tal vez porque el Doctor González le gusta aterrar a sus conciudadanos. No hay sinceridad de convencido sino mucha ironía y mucha sorna en esas páginas sobre el pecado original, sobre nuestro padre el homínido y sobre el origen del Diablo. Sería pueril pensar que este autor, que no cree en nada ni en nadie, que le gusta reírse de todo, fuera a sostener seriamente esas tesis filosóficas. Es por espantar a los hombres gordos de Medellín! El aspecto religioso y el aspecto político del libro no deben tomarse en serio. ¿Cómo tomar en serio al autor cuando habla de la vulgaridad latinoamericana o cuando dice que los dos únicos hombres de Suramérica son Bolívar y Carlos E. Restrepo? Sería una majadería pensar en la sinceridad de esos conceptos, si acaso pueden llamarse así.

Pero que agradable todo y que delicioso humorismo el de este libro! Esta todo lleno de gracia y mientras más disparata es mejor. Es la risa sonora de un

filosófico que se siente sano y alegre hace gimnasia. “La salud, la conservación de la elasticidad juvenil, son finalidades del viaje”, dice el autor. Marchar, alegre, mientras el sol calienta, riéndose apaciblemente de las cosas y los hombres. Pero este filósofo es un hombre nervioso, que padece a veces crisis de pesadumbre, y se vuelve entonces pesimista, lírico y religioso. Son desigualdades y contradicciones de un temperamento nervioso. El hombre atormentado, de nervios sensibles, a quien preocupan exageradamente la cosas, el que todo lo analiza y quiere hallarle la razón a todo, ama la risa como un descanso y se vuelve escéptico y burlón. Voltaire, Stendhal, Heine, Cervantes, Ganimet.

El libro de Fernando González tiene páginas de ironía y páginas de dolor, como lo libros mejores de lo grandes maestro. Es una obra de literatura subjetiva, de penetrante observación psicológica, llena de pensamientos profundos, y sobre todo, llena de gracia. El estilo es ágil, espontáneo. Parece que un fecundo profesional de la literatura hubiera querido entretenerse escribiendo unos ensayos frívolos sobre el amor y sobre el Diablo.

(Firmado: Micromegas. *Claridad*, marzo 8 de 1930)

EL LIBRO DOLOROSO DE REMARQUE

Este libro está todo lleno de dolor. Así se explica su éxito prodigioso e inesperado, que sorprendió a su autor y dejó en segundo lugar las otras obras que contaron esa cosa espantosa que fue la guerra. Y es porque la humanidad ama estos libros intensamente sufridos que describen con todo su horror el dolor inmenso del hombre. Para las pequeñas o grandes pesadumbres que amargan

toda vida humana, resulta un alivio pensar en una angustia mayor, en un dolor más intenso. Toda obra que aspire a ser grande ha de parirse con color.

Y hay mucho dolor en este libro conmovedor de Remarque. Al terminar la lectura de la obra queda sonando en los oídos ese tono de angustia y de pesadilla que gritan todas sus páginas.

Remarque escribió este libro para librarse de la pesadilla de la guerra. Fue la reacción de un hombre reflexivo, sensible, tal vez pusilánime, contra ese dolor y esa angustia que habían aniquilado su juventud. La nota predominante del libro es una rabia violenta contra la guerra; es una venganza, premeditada durante largos años de sufrimiento, contra el color de la guerra. Remarque lo dice: “Los días, las semanas, los años de esta guerra, volverán aún una vez; nuestros camaradas muertos se alzarán entonces para avanzar con nosotros. Habrá aquel día claridad en nuestras mentes. Tendremos un propósito. Y así avanzaremos, con nuestros camaradas muertos al costado, con estos años del frente como escolta... ¿Contra quién? ¿Contra quién?”

En otra parte: “¿Qué harán nuestros padres cuando algún día nos alcemos, no irgamos contra ellos y les pidamos cuentas? ¿Qué esperarán de nosotros cuando vengan los tiempos en que haya terminado la guerra? Durante años enteros era nuestro oficio matar; era nuestra primera misión en la vida. Nuestro saber acerca de la vida se reducía a esto: la muerte ¿Qué puede hacerse después? ¿Qué puede hacerse ya con nosotros?”

Sin Novedad en el Frente es la venganza que premeditaba Remarque. Para su criterio egoísta de hombre sensible y doliente no tiene explicación esa barbarie infernal. Porque algunos políticos, cómodamente instalados en sus

oficinas, hablaban sobre el equilibrio europeo, sobre la defensa del territorio, grandes masas de hombres acudían al frente a ser destrozados por la metralla, a vivir sucios, rotos y hambrientos en medio del pánico de la batalla, transidos por el medio terrible a la muerte inminente. Así ve Remarque la guerra como una barbarie injusta e inhumana y quiere informar al mundo sobre una generación “totalmente destruida, aunque se salvase de las granadas”. Después de cuatro años de angustia, ¿Qué iba a quedar de esos pobres muchachos lanzados desde los diez y ocho al abismo del frente? Enfermos, degenerados, tal vez ya definitivamente perdidos. Para Remarque les fue mejor a los que acabaron allá, a los que descansaron. En la última página del libro cuenta la muerte del soldado: “Había en su rostro una expresión tal de serenidad, que parecía estar satisfecho de haber terminado así”. El día de esa muerte el Cuartel general comunicó esta sola frase: “Sin novedad en el frente”.

Con esa ironía amarga termina el libro. ¿Quién puede medir todo el dolor y toda la rabia reconcentrada que hay en esa obra? Durante cuatro años tuvieron esos pobres muchachos, apenas púberes, sufriendo toda clase de torturas, en virtud de unas ideas que ellos tal vez no compartían y de unas frases sentimentales repetidas por literatos y políticos para lanzarlos a las trincheras. No iban a luchar contra enemigos. Para Remarque no eran enemigos, sino pobres seres desgraciados, los camaradas del frente opuesto: “Camarada, yo no quería matarte. Si otra vez saltases aquí dentro, yo no lo haría, siempre que tú fueses razonable..... Ahora comprendo que eres un hombre como yo. Pensé entonces en tus granadas de mano, en tu bayoneta, en tu fusil... Ahora veo a tu mujer, veo tu casa, ve lo que tenemos de común. ¡Perdóname, camarada! Siempre vemos esto demasiado tarde. Porque no nos repiten siempre que vosotros sois unos desdichados como nosotros, que

vuestras madres viven en la misma angustia que las nuestras; que tenemos el mismo miedo a morir, la misma muerte, el mismo dolor....!¡Perdón, camarada! ¿Por qué pudiste ser mi enemigo? Si arrojásemos estas armas, este uniforme, podrías ser lo mismo que Kat, lo mismo que Alberto: un hermano. ¡Quítame veinte años, camarada! ¡Levántate; quítame más! Porque aún no sé qué debo hacer con mi vida”.

En el fondo había un sentimiento de cariño y de piedad por los camaradas aliados. En una de las páginas más conmovedoras del libro cuenta la miseria y el abandono de los prisioneros rusos, pobres seres desdichados, de cara infantil, de barbas apostólicas, a quienes una orden los hizo enemigos: “Una orden hizo de estas figuras silenciosas enemigos nuestros. Otra orden podría convertirlo en amigos. En cierta mesa, unos hombres firman tal documento, que nadie de nosotros conoce.... Y durante años enteros todo nuestro empeño es matar...”.

Con esas ideas, con esos sentimientos, la guerra parecía como una gran matanza salvaje, absurda, estúpida. Remarque quiere decírselo al mundo. Quiere vengar esa generación “totalmente destruida por la guerra”.

Para eso le basta describir todo el horror de la catástrofe. Remarque desnuda la guerra y exhibe su cuerpo monstruoso. Da una impresión tan clara de la realidad, que cualquiera lector aprovechado pudiera creer que estuvo allá. Sorprende la sinceridad, la ruda franqueza de este escritor. Es maravilloso el estilo sencillo y fácil, que cuenta a veces las cosas más repugnantes con las palabras más claras y fuertes del léxico. Porque Remarque no sólo pinta la guerra, sino toda la miseria humana. No era únicamente la metralla lo que había allá; era el fango, los bichos inmundos, los excrementos, toda la suciedad del hombre.

JUECES Y LETRADOS

Algunos comerciantes de esta plaza, los vecinos notables, como dice la ley, no quieren someter sus controversias a la decisión de abogados. Tampoco los abogados aceptamos que esos señores notables del vecindario, ajenos a veces a las disciplinas mentales, fallen como árbitros los pleitos en los cuales nos toca intervenir. Hay cierta pugna, cierta hostilidad unilateral y gratuita, nacida en ese ambiente mercantil, como una consecuencia natural del sentimiento predominante de afán de lucro. La actividad preponderante ha hecho preponderar al hombre que la representa y ha ocurrido así que ese sujeto representativo quiera absolverlo todo y quiera también —algo más grave— saberlo todo. Es la única manera de explicar esa discusión imposible que se ha propuesto: si está mejor preparado para fallar un pleito como árbitro un abogado, o si puede fallarlo mejor un hombre de negocios.

¿Pero qué es eso que aquí llaman, con tanto énfasis, hombre de negocios? Cualquiera diría que es el hombre que negocia, el negociante. Por ejemplo, el que compra por cincuenta y vende por ciento o por doscientos; el que compra acciones a bajo precio y las hace subir por medios lícitos para venderlas después por un valor más alto; el que figura en las Juntas Directivas de las sociedades anónimas y en la liquidación de esas sociedades. Eso quiere decir, en lenguaje común, hombre alto y ha llegado a ser casi un título honorífico.

Sin embargo, es fácil comprender que para esa clase de actividades de la compraventa ventajosa no se necesitan grandes conocimientos. Algo de inteligencia, mucha malicia, y para ciertas ocasiones, bastante amplitud de conciencia. Pero ni ciencias ni letras que pudieran desviar la atención hacia las

ideas en detrimento de la preocupación económica. Por eso nuestros hombres de negocios son rara vez letrados, a veces semiletrados, y casi siempre ignorantes del todo.

Y para ser Juez en cualquier asunto, judicial o extrajudicialmente, debiera exigirse siempre como condición indispensable que la persona designada para desempeñar el cargo fuera al menos medianamente ilustrada. La antigua legislación española agregaba el título de Juez el atributo inseparable de letrado. Ya ese solo título de Juez letrado, aunque a veces no correspondiera a la realidad, podía ser algún estímulo para las personas que tenían pendiente su fortuna o su honra del incierto y falible juicio de un hombre. También nuestras leyes exigen, para ser Juez, estar versado en la ciencia del Derecho. Y un Juez solo falla en primera instancia, y después revisa el Tribunal, y después conoce la Corte. Y aún para ser defensor de ausentes, o curador o partidador de bienes exige la ley como requisito indispensable ser abogado recibido. Y para ser árbitro en un pleito, para dictar una sentencia definitiva contra la cual no hay recurso de apelación, ni de consulta, ni de queja, ni siquiera exige la ley saber leer y escribir. Será tal vez porque el juicio por arbitramento es un procedimiento especial y extrajudicial. Pero es, con todo, un verdadero juicio, más importante y delicado que otro cualquiera y regulado también por las leyes del procedimiento.

Aun los mismos abogados, después de largos estudios y larga práctica, se encuentran a veces perplejos, desconcertados y se ven en dificultades para encontrar la solución cierta y segura de un pleito. Y esto ocurre a un abogado que ha gastado su vida sobre los libros y llevar largos años dedicado al noble ejercicio de las ideas. Toda su vida ha sido estudiar y toda su preocupación buscar y aplicar las normas de la justicia. Pero nuestro hombre de negocios

quiere olvidar las ventajas de la especialización y quiere considerar como intuitivos a sus compañeros plutos. Estos señores plutos dicen que los árbitros deben fallar en conciencia y que algunos asuntos deben estudiarse con un criterio de ética comercial.

¿Qué será eso de la ética comercial? Es un poco difícil definir bien ese concepto, pero se conocen, sin embargo, algunas prácticas mercantiles que pueden servir para ilustrar la cuestión. Entre comerciantes hay a veces la costumbre de ejecutar ciertos actos, jurídicamente dudosos, que un abogado no podría autorizar. Y luego tienen ellos principios, de los cuales depende en gran parte el éxito de sus negocios, que contradicen de modo manifiesto esos otros principios de la justicia social. Es por eso bastante difícil estudiar las prácticas mercantiles de acuerdo con las normas de la ética. ¿Que relación puede haber entre la justicia social, y esas costumbres comerciales del tanto por ciento, de la solidaridad de los plutos para acapararlo todo y manejarlo todo, de la mayor ganancia por el menor costo, del mayor esfuerzo y el mayor rendimiento en el trabajo por el menor precio?

Parece, pues, que es eso de la ética comercial es un sofisma de nuestros hombres de negocios. Por haber inventado ese concepto abstracto, indeterminado, pretenden que son más aptos para fallar un pleito en conciencia. Pero es más fácil formar una conciencia en el estudio de la ley que en el ejercicio de las prácticas mercantiles.

(Firmado: Estanislao Zuleta Ferrer. *Claridad*, agosto 30 de 1930)

LOS LIBROS DELICIOSOS DE LUIS DE OTEYZA

Para curar el cansancio de la literatura nada mejor que un libro de Luis de Oteyza.

Todo lector, por enviciado que esté, tiene épocas en que no puede soportar ciertos libros. Hay veces en que nadie es capaz de leerse un discurso completo de Donoso Cortés, o un libro de Castelar, o un artículo de Martí, o algunos de los ensayos grandilocuentes de Rodó. Resulta eso una empresa tan difícil y terrible como la de aguantar una conferencia de ese moreno verboso que anda traficando por estas Repúblicas con ideas viejas de literatura estimulante. ¡Que los cuatro inmortales escritores me perdonen la comparación! Solo quise decir que en ciertos momentos resultan ellos tan empalagosos para un lector fatigado, como en toda ocasión resulta insoportable, para un público de letrados, este moreno impetuoso que vende ideas viejas con el mismo ademán, los mismos gritos y la misma vulgaridad de un vendedor de específicos.

La vida de esta nueva era, agitada, rápida, positivista, ha hecho pasar de moda esa literatura que envuelve las ideas en bellas frases sonoras para halagar el oído. Ya los muchachos no se aprenden de memoria esas frases tan bonitas.

Ahora no hay tiempo para eso; ahora se va al grano. Hay mayor curiosidad por las ideas, se desea saber muchas cosas, pero gusta una forma sencilla y natural, un estilo transparente. La cuestión está en pensar bien, en decir algo interesante. La armonía del estilo y la sonoridad de las palabras es cosa secundaria. Antes era más difícil escribir que pensar. Cualquiera ve que debe ocurrir precisamente todo lo contrario.

Pero es difícil resolverse a escribir de una manera natural y espontánea. Todo escritor, en cada escrito, tiene la ambición de superarse, de lucirse. Por regla general sólo le interesa hacer bellas frases. No importa que las ideas sean ciertas o erróneas; lo importante es que las gentes admiren el buen estilo. Por eso muchas veces al releer lo escrito viene el desconcierto y la desilusión y fastidia haber publicado eso. El escritor no se encuentra a sí mismo: se perdió su personalidad y se diluyeron las ideas entre la sonoridad de las palabras. El que escribió eso no es este hombre sencillo que piensa bien y expresa lo que piensa con naturalidad, sino otro hombre afectado, extraño, que se sentó una vez ante un escritorio a hacer grandes esfuerzos para recordar palabras esquivas que no querían salir del subconsciente. La personalidad se perdió en ese juego de filigrana. Es el desencanto de la literatura ¿Por qué no precisar las ideas y exhibirlas claras, desnudas, como en una conversación corriente? ¿Por qué ha de ser siempre afectado y artificial todo buen estilo?

Hay un pudor excesivo para dirigirse al público. Todo escritor quiere vestir sus ideas, muchas veces en menoscabo de ellas, con el mejor traje. De eso resulta la pérdida de la espontaneidad, la facilidad y la sencillez, que son, sin embargo, las tres condiciones que hacen más agradable un estilo.

Esas tres condiciones, en grado ejemplar y altísimo, reúnen los libros deliciosos de Luis de Oteyza. Oteyza da la impresión de que se sienta a escribir lo que primero se le viene a la cabeza. Parece que no se diera cuenta de que se dirige a un público y de que sus escritos van a ser leídos y comentados. Escribe aprisa, comete incorrecciones y disparates, dice todo lo que se le antoja, unas veces en serio y otras en charla, pero siempre con la mayor tranquilidad y el

mayor descaro, como si sus escritos no se dirigieran a numerosos lectores, sino a su amigo íntimo. Este escritor no toma en serio la opinión, desprecia la crítica, y por eso puede ser espontáneo, fácil y fecundo. Es a la vez un delicioso humorista y un erudito insigne. Todo lector aficionado conocía ya sus estudios históricos, tan agradables e instructivos y sus críticas irreverentes, pero llenas de gracia, sobre las obras más famosas de la literatura. Ahora son libros de viajes donde se cuentan costumbres exóticas y se narran aventuras extraordinarias.

Pero lo más agradable de todo es una novela “El Diablo Blanco”. No puede darse nada más interesante y sugestivo. No hay allí enojosas descripciones de paisajes, ni estudio de caracteres, ni diálogos sin importancia, ni literatura vernácula, majaderías. Hay un personaje central en la obra y todo lo demás es trama y nudo. Demuestra el libro la influencia decisiva del ambiente sobre el carácter de una persona. Cuenta la aventura de un buen padre de familia, que trabajaba como empleado en una gran fábrica de Barcelona, a quien enviaron...

Pero esto ya va largo. Es un abuso.

¡Ciertamente es un tipo bien interesante este don Luis de Oteyza!

(Firmado: Micromegas. *Claridad*, marzo 22 de 1930)

LA SERENA MAJESTAD DE MONSEÑOR CARRASQUILLA

No fui discípulo de Monseñor Carrasquilla ni oí sus célebres lecciones de metafísica. Pero oí su fama de expositor ameno, elegante y erudito. Los estudiantes bogotanos pregonaban la pureza y claridad de esa dicción que envolvía en la forma más agradable y diáfana la árida doctrina tomista. De esa

cátedra de metafísica salieron y se diseminaron por todo el país muchas generaciones de aficionados a la filosofía, que después de unas cuantas lecturas ya no creían en Santo Tomás. Era que este severo moralista, como los jesuitas, como todos los maestros de filosofía, enseñaba a pensar con normas, pero una vez que el estudiante se escapaba de la fuerza envolvente del silogismo, sólo le quedaba un grande afán de pensar y una grande aversión a las normas. Pasado un tiempo, eran a veces contraproducentes los efectos de esa gran fuerza dialéctica de Carrasquilla. Por eso un bárbaro, un indio llamado Sotero, ministro de otro indio maligno y apático, dijo una vez en el Congreso que la cátedra de metafísica era una gran fábrica de liberales. Ese pobre indio adusto y cerrado no podía entender los efectos de la filosofía.

Por fortuna nos oí las lecciones de metafísica ni me aficioné a esa ciencia que produce ahora libros de lascivia filosófica. Conocí al filósofo hace apenas cuatro años, cuando era ya un anciano decrepito y arterioescleroso. Le temblaban las manos y estaba ya vencido por el largo camino. Lo llamaba la tierra que él había golpeado en sus tiempos de vigor con paso firme y seguro. Pero no obstante esa decadencia esa decadencia senil, quedaba todavía en su gesto, en su ademán, en su andar lento, un aire de tal majestad y orgullo, que sobrecogía y daba miedo acercársele. Alto e inclinado. Ya las mejillas eran flácidas, de un color mate. Pero esa cabeza grande, esa medida metafísica de su ademán, de su andar pausado, esos hábitos talaes, esa cara seria, conservaban la majestad del cuerpo vetusto.

Donde aparecía esa figura: en la iglesia, en la cátedra, en el salón, llenaba todo el espacio y era el centro de la reunión. Tenía un gesto de superioridad tan firme y sereno, que anonadaba siempre a su interlocutor. Para

sus discípulos y subordinados era de una simpatía cariñosa y expansiva; para las altas dignidades de la Iglesia y de la Política era una cultura fría, irreprochable, que casi no dejaba traslucir el orgullo enorme.

Ese gesto de superioridad y dominio, la expresión permanente de Monseñor Carrasquilla, era natural en él, transmitido tal vez por herencia, como la nobleza de sus sentimientos y su sangre hidalga, y depurado por cuarenta años de lisonja rosarista. Porque vivió siempre rodeado de una atmósfera de adulación impúdica.

La pompa de la liturgia católica había influido también para imprimir a su presencia, a sus maneras, ese sello de majestad. ¡Ese lujo fastuoso de la Basílica Primada y ese ambiente de recogimiento y de quietud solemne! La profusión de luces y adornos, el brillo del oro y la pedrería. Las largas capas moradas. Los prelados offician con movimientos lentos, graves. En un ambiente de esos, la pompa exterior de las cosas y el sosiego místico de las almas, contagian a los cuerpos de majestad. Ningún gesto humano pudo superar ese gesto solemne, grave y sereno de los altos prelados. Están bañados de unción, los cuerpos erguidos, serios los rostros. Luego, al salir de los oficios, los espera en la calle, en la casa, en todo lugar donde se encuentren, el homenaje y la lisonja de las gentes. Y la crítica está alejada de ellos por una amenaza inhibitoria de excomuniones y anatemas.

El estilo y la palabrada de Monseñor Carrasquilla tenían la misma majestad de su porte hidalgo. La dicción era mesurada académica; los periodos de sus discursos eran rotundos e imperiosos. No sugería una idea, sino que ordenaba aceptar algún pensamiento, que emitido por él adquiriría la fuerza

incontrastable de un dogma. Era terrible el poder de convicción de ese filósofo austero que había concentrado en su cerebro todas las fuerzas orgánicas.

Esa concentración era producto de la mística. Solo un gran místico, formado por la meditación y la contención, puede encauzar todas las potencias hacia el perfeccionamiento del espíritu. De allí vienen esa inteligencia, ese prodigioso vuelo de la imaginación, esa virtud de algunos eclesiásticos. Son hombres concentrados, contenidos por la disciplina mística. El hombre de mundo, que dispersa su atención en todas las cosas y satisface todos los antojos de la carne, es a veces pesado como un toro padre. No puede tener toda esa agilidad mental del hombre contenido.

Monseñor Carrasquilla era uno de los hombres contenidos, llenos de unción mística. Contaba la fama su gran bondad. El estudiante cohibido ante aquella majestad, encontraba al acercarse unos brazos abiertos “Que la Bordadita lo acompañe”, susurraba el anciano en la oreja fría del muchacho asustado. Contaba también la fama su generosidad; que fue siempre caritativo, pero siempre pobre y nunca tuvo la preocupación del dinero.

Presidentes y ministros, profesores y alumnos, altas dignidades del clero, todos lo reverenciaban y le obedecían. ¿Era porque lo consideraban el más profundo filósofo o el literato más brillante? No: era por su gesto imperioso, porque nació para dominar, por la serena majestad de su porte y de su espíritu.

(Firmado: *Micromegas*. *Claridad*, marzo 29 de 1930)

MALEDICENCIAS LITERARIAS

Qué se hizo ese hombre feo y flaco, que despedazaba reputaciones en las tertulias de los cafés? No ha vuelto a aparecer esa cara malévola: la nariz aguileña, los ojillos malignos, la boca fruncida por una mueca de desprecio. Hace dos años animaba todavía los corrillos el ingenio agresivo de ese hombre. Lo rodeaban unos cuantos, pero muchos se alejaban, le tenían miedo. Si estaba excitado o andaba de mal humor había que aguantarle unas cuantas ironías duras, ásperas, de esas que marcan para toda la vida.

Era terrible el desprecio que ese hombre sentía por sus semejantes. Había asimilado tan bien sus lecturas, conocía tan a fondo la miseria humana, que había resuelto no soportar a nadie, sino hacerles sentir a los demás toda la amenaza de su penetración y de su inteligencia. No se alejaban por lo que pensarán de él, sino porque temían lo que él pudiera pensar de ellos. Sabía leer en las almas, conocía todas las flaquezas. El contacto humano le repugnaba a ese hombre que había sido mordido por la maledicencia de sus amigos los literatos. Casi vivía solitario, pero a veces bajaba de la Montaña, como el héroe de Nietzsche. Bajaba a fustigar a estos hombrecitos que pretendían negar su obra.

Parece que este hombre había tenido en otras épocas amistades literarias. De allí venía tal vez el amargo sabor de sus críticas. Las gentes de grupo, de corrillo, mantienen la personalidad rebajada, y cohibida por el concepto de sus amigos. Se conocen tan bien, que la opinión de cada uno es una amenaza permanente para los otros. Entre amigos y entre amantes hay un mutuo temor parecido al que mantiene unidos a los cómplices de un delito. A

veces alguno se adelanta a emprender la maligna labor femenina, porque piensa que la maledicencia ya ha empezado contra él. Cuando Lope rompía con una de sus queridas se apresuraba a escribir un libelo infamante contra ella antes de que las mordaces lenguas femeninas iniciaran la ofensiva.

Ha sido ese vicio de comadres y de literatos. Ni los más grandes ingenios pudieron sustraerse a esa debilidad. La historia de la maledicencia literaria ha recogido aquellas sátiras y epigramas que se dedicaban Cervantes, Lope, Quevedo y Góngora. Llovían los denuestos, las injurias. A veces se reconciliaban:

*“Hoy hacen amistad nueva
Más por Baco que por Febo
Don Francisco de Que... bebo
Y Don Lope de la Beba”.*

Pero ninguno de ellos pudo nunca tolerar que los otros supieran escribir. Fue también célebre el caso de Weimar. Goethe y Schiller disparaban desde la revista “Horas” epigramas malévolos. Y cayó sobre Weimar toda una lluvia de libelos procaces. Goethe resultó herido. Las caricaturas lo representaban como un gran macho cabrío. Aludían a Cristiana; a la viva, traviesa, simpática y fiel Cristiana.

¿Y quién puede repetir en público, entre gente decente, lo que los literatos españoles dicen de sus colegas los otros literatos? Sólo a Hidalgo y a Guillén, dos escritores torpes y desvergonzados, pudo ocurrírseles recoger tanta inmundicia.

Son terribles, son peores que comadres, estos hombres que tienen por oficio estudiar el animal humano. Para escribir sus libros necesitan analizar las almas, deben conocer todos los secretos de la psicología. La continua observación de los hombres y las cosas los hace agudos y penetrantes. Descubren todas las flaquezas. Algunos sólo piensan en eso, sólo les preocupa eso. Y acaban despreciándolo todo, con una gran repugnancia por la miseria que encubre el vano oropel de las cosas.

Otros son, simplemente, malévolos. Temperamentos débiles que necesitan defender su flaqueza con la suspicacia y la malicia. A veces, son tímidos. La timidez viene de un miedo espantoso al ridículo. El tímido no habla en sociedad, no escribe para el público, no obra, porque le ve a todo un aspecto ridículo. Por eso resulta a veces un formidable ironista y es casi siempre suspicaz y malévolo.

Sobre esto de la maledicencia literaria habría tema para escribir todo un tratado de psicología. Es verdaderamente desconcertante que hombres de tantas ínfulas y méritos sean tan pequeños a veces y sufran de una malignidad femenina. Pero están acostumbrados a que el grupo de sus admiradores celebre y promulgue todas sus ironías. Están inflados por los elogios, llenos de orgullo y son de una susceptibilidad morbosa ante la crítica. Cuando un hombre de esos escribe sólo ve lo que él hace, y todo lo que escriben los otros pasa a un plano inferior. Si alguno pretende recordar a otro escritor viene la sátira furiosa.

¿Qué se hizo ese hombre feo y flaco que despedazaba reputaciones en las tertulias de los cafés? Hizo bien en no volver a tratar con esa gente. No lo querían, le tenían miedo. Ante esos ojillos malignos quedaban todas las almas al

desnudo.

(Firmado: Micromegas. *Claridad*, abril 6 de 1930)

EN HONOR DE GANDHI

Hace pocos días, el filósofo de *Viaje a Pie* ostentaba con orgullo su gran cabeza rapada. Era una bola imperfecta, grande, de color blanco, de la cual emergían a los lados dos considerables orejas paradas. Aunque no nos atrevimos a tocarlo, por respeto a las cosas que pudiera haber dentro, fuimos tentados de que debía ser agradable al tacto ese cráneo rasurado. Ya “la elástica Julia” habría acariciado con sus ágiles dedos esa piel carrasposa. Nosotros la miramos de lejos, respetuosos, y preguntamos al filósofo, de buena fe, si con esa operación había buscado refrescar su cabeza, o si era por agradar a Julia.

—No. Es por un motivo filosófico. Me he rapado en honor de Gandhi. Recordamos entonces, por una fácil asociación de ideas, aquel capítulo de “Viaje a Pie” en el cual el filósofo cuenta sus impresiones ante el retrato de Gregorio Rasputín. También esa vez, al contemplar las barbas del Santón, resolvió Fernando dejarse crecer las suyas.

—En honor de Rasputín, nos dijo, a su regreso de Manizales, cuando le preguntamos porqué se dejaba crecer esos respetables pelos.

Le daban cierto aire de seriedad que convenía muy bien a su calidad de juez. Pero los litigantes, completamente ajenos a esos refinamientos metafísicos, empezaban a mirarlo con extrañeza y desconfianza.

El periodo judicial terminaba pronto y Fernando tuvo que prescindir de sus barbas.

—Los hombres públicos, decía, como las mujeres..., debemos agradar siempre y agradar a todos. Acuérdate del mono Yepes y de ese moreno que acompaña a Camilo.

Era, pues, forzoso acomodar el tocado a las ideas de los litigantes cavilosos. Ya el dolor Manuelito había llevado al Tribunal la queja de que ese Juez era un loco, y era un peligro que anduviera suelta por esas oficinas la lengua de aquel joven maligno.

No volvió a aparecer barbado ni rapado el filósofo de *Viaje a Pie*. “El cordero que no respete el rebaño será devorado”, decía Trotter. Pero continuaba honrando a Gandhi. Llevaba siempre en su cartera una pequeña fotografía del filósofo, abogado y asceta indio. Aparecía allí casi desnudo, cubierto apenas parte de su cuerpo con una ligera paruma tejida en los telares indios, Mahatma, el hombre grato a Dios. Era pequeño, flaco, macerado por dolorosas penitencias y ayunos. Solo en su cabeza grande y en la extraña expresión de sus ojos hundidos se advertía la fuerza poderosa que irradiaba el espíritu.

Fernando estudiaba esa fuerza psíquica de Gandhi. Para medirla había inventado un método, un metro psíquico, que dividía en varios grados, según los grados de conciencia a que puede llegar el perfeccionamiento del espíritu. Había la conciencia orgánica, la familiar, ciudadana, patriótica, continental y conciencia cósmica. Gandhi le resultaba en el último grado. Había llegado a percibir las ondas invisibles que marcan las ideas, el curso del pensamiento en el mundo, las corrientes espirituales que van produciendo los fenómenos, la razón inmanente que preside las cosas. Había llegado a vislumbrar el alma del mundo porque era grato a Dios y oía sus voces múltiples.

Entusiasmado con su metro, Fernando lo aplicaba a algunos grandes hombres. Bolívar le resultaba en el grado de la conciencia continental. El alma del libertador estaba compenetrada con el alma de América; veía nacer las

naciones americanas, las sentía vivir, predecía el futuro de ellas. Era la aplicación más clara y precisa del método. También trato Fernando de medir con él a varios de nuestros personajes políticos. Algunos le resultaron en el primer grado, muy pocos llegaban al segundo, otros, muy populares, quedaban fuera del metro.

La explicación de ese método, de ese metro psíquico, en sus varios grados y en sus diversas aplicaciones, la dará Fernando en su libro sobre Bolívar. ¡Que el espíritu de Gandhi le ilumine y le aliente para que su estilo vuelva a ser claro y profundo como el estilo de “Viaje a Pié” y para que todos, hasta los hombres gordos de Medellín, puedan entender su método!

Tal vez Fernando nos diga algo sobre Gandhi en su libro sobre Bolívar. Al tratar de las ideas revolucionarias del hombre de acción sería interesante referirse al plan emancipador del místico. Aunque aquí llegan los libros cuando ya están en desuso, Fernando ha logrado, no sabemos como, estudiar las ideas nacionalistas de Gandhi. Varias veces le oímos explicar el sistema de la desobediencia cívica. Era una verdadera medida de anarquía.

—¿Qué puede hacer ahora Inglaterra —nos decía— ante la resistencia al pago de los impuestos, ante la huelga general, ante la negativa a concurrir a las escuelas y colegios y a aceptar todo empleo público del orden legislativo, judicial o administrativo, ante el boicoteo general a todos los productos ingleses? ¡Y pensar que nosotros aspiramos a ser colonia yanqui!

Gandhi quiere el desarrollo de las industrias nacionales para que todos los objetos de uso o de consumo en la India sean fabricados por el artesano hindú. Para dar ejemplo, su vestido se reduce a una ligera paruma tejida en los

telares indios. Quiere desterrar de su país, en cuanto sea posible, los artículos europeos y los productos yanquis. La ruina de la economía nacional provenía del cambio de las riquezas naturales de la India por los venenos, los objetos de lujo, las películas pornográficas y el whisky escocés. Allá también debían tener técnicos americanos, ingenieros contratistas y expertos en sacar el dinero del país. Exactamente lo mismo que nosotros. Solo que aquí les compramos a los yanquis automóviles, películas y vestidos con el dinero que ellos mismos nos prestan.

Yo me he rapado en honor de Gandhi. Si estos muchachos pudieran, en honor de Gandhi; dejar el whisky y volver al dril. Si pudieran al menos volver a las industrias nacionales, a los artículos del país y pudieran resolverse a leer algo. Pero estos jóvenes elegantes, estos yanquis criollos, de pantalones anchos, congestionados y sudorosos, en automóvil roadster, con la panza llena de whisky y la cabeza vacía; y estas muchachas que quieren parecerse a esas de las películas; y la miseria que hay en esta tierra. ¡Dan ganas de largarse de aquí!

(Firmado: Micromegas. *Claridad*, agosto 9 de 1930)